

EDITORIAL

El Trabajador Social como funcionario institucional se ha caracterizado por ser un profesional organizado que investiga, elabora y ejecuta planes de acción bien fundamentados que responden a las necesidades sociales existentes en los diferentes grupos poblacionales.

Pero, históricamente, la labor del Trabajador Social no ha sido reconocida y valorada, tanto por nosotros mismos como por otras disciplinas. Esto, entre otras cosas, ha traído como consecuencia la pérdida de espacios en actividades y eventos que nos competen, lo que afecta el fortalecimiento de nuestra identidad profesional.

Esta interperlación amérita hacer un alto en el camino y analizar: ¿Nos hemos preocupado igual por trabajar y defender los derechos de los demás como por dar a conocer nuestro quehacer profesional?. ¿Asumimos como una tarea prioritaria la sistematización y retroalimentación de la experiencia obtenida?. ¿Hacemos esfuerzos por capacitarnos, por comprometernos con nosotros mismos a nivel profesional, así como lo hacemos por los demás?.

Estas reflexiones no pierden vigencia en el tiempo ya que "la profesión que no evoluciona, desaparece". Por tanto, instamos a los colegas a unir esfuerzos como gremio, a hacer valer los conocimientos, a defender la posición profesional con seguridad y valentía, a estar atentos a los cambios que se gestan en la realidad social, a ser profesionales, en formación constante, estudiosos, dispuestos a crear instancias de análisis y discusión del contexto social y abiertos a la retroalimentación enmarcada en los principios de solidaridad y lealtad profesional.

Lo anterior nos ofrece la posibilidad de encontrar caminos alternativos que promuevan un mejor reconocimiento, que fortalezca la autoestima y el prestigio profesional y por tanto nuestro desarrollo personal en beneficio propio y de quienes representamos.

Quede en cada uno de nosotros la responsabilidad histórica de aportar el fortalecimiento del Trabajador Social como gremio y como disciplina.